

El acto gratuito

OCTAVIO ARMAND



Edición: Michael H. Miranda
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: *Hombre con armadura* (1655),
de Rembrandt
© Octavio Armand, 2021
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierta de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Don Quijote de la Mancha,
Primera parte, Capítulo XXXVIII

1

Lo conocí cuando le quedaban pocos amigos. Muy pocos. Alejado del poder, se alejaron panas y altos panas, cuates y ñeros, manos y hermanos del alma, cachanchanes y apapipios rebuscones, todos indignos del puente tendido, la puerta entreabierta, la promesa cumplida, la vida arriesgada, el favor, el inmenso favor, la protección, la ayuda, la ayudita, la recomendación, el olvídalo, no es nada con que borraba montones de deudas pendientes.

Durante el shogunato de Cara de mono hubiera sido capaz de cortar a un adversario en dos de un solo tajo, como si fuera el primer trazo del delicado ideograma *neko*, que es gata, gato, gatas o gatos; y luego conmoverse minutos después, la respiración apenas alterada por la caligrafía definitiva y violenta, ante un espléndido arreglo floral, todo mientras se encamina a una ceremonia del té donde no desentonará al alabar el esmero de la anfitriona, cortesana de resistente madurez que todavía aspira a las caricias del señor. Sirviendo a un veneciano, su arrojo y lealtad lo hubieran excepcionado como *primus inter pares* al sumarse a los mejores *condottieri*, sin que las órdenes cumplidas le negaran párpados ante un vidrio recién fundido o

los rosetones y ojivales de una catedral. Hubiera podido ser íntimo de Borges y del gaucho Martín Fierro, aprendiendo indistintamente costumbres de mar adentro en las *kenningar* y aforismos de la pampa en el manejo del facón. Pero como destino le tocaron nuestros días de repúblicas escasas y abundantes presidentes. Salvó la vida de varios —a un par de ellos en más de una ocasión—, que lo honraron con su asombro y acaso su amistad. Al hacerlo, a veces tuvo que matar. Quizá algunas noches sintió que lo rondaba una sombra ansiosa por vengar el cuerpo que él le había arrebatado. Si así fue, prendería otro cigarrillo, nunca las luces: no era hombre que temía fantasmas. Tampoco a los enemigos que le habían jurado la muerte; muchos tan osados como él y muy capaces de sorprenderlo durante los ochenta y seis mil cuatrocientos segundos de cada veinticuatro horas.

2

Don Quijote pudo sopesar con admirable tino la diversa fortuna de soldados y letrados porque no existían muros infranqueables entre las armas y las letras cuando pronunció su curioso discurso. Recordar a Garcilaso de la Vega, Hernán Cortés, Bernal Díaz, el propio Cervantes o Francisco de Quevedo, tan temible por la pluma como por la

espada, es reconocer que en el pasado armas y letras no siempre fueron ejercicios dispares. Tras este puñado de nombres, y aun guardando las enormes distancias, ruboriza decir que hoy lo son; y que ni a Orlando García ni a quien esto escribe les tocó ser diestros en ambos. Él lo fue en el suyo. Y mucho. Yo he insistido en el mío, con menos gracia y poca suerte. Entonces ¿cómo pudieron acercarse armas y letras sin que se derramara la tinta ni se mellara el acero?

Recojo algunos recuerdos de lo que fuera una amistad improbable. Muchos ya los he compartido en largas conversaciones, sobre todo con gente dispuesta a escribir acerca de Orlando García para que se le conozca mejor, como merece. No más: mejor. Está en un claroscuro del cual difícilmente podrá salir. Pero es injusto que sólo se recuerde, multiplicada y mal entendida, la violencia que caracterizó gran parte de su vida. Y es vergonzoso que la maldad o la ignorancia lo tilden, por ejemplo, de ladrón o batistiano. Si hubiera querido robar lo hubiera podido hacer a manos llenas. Durante muchos años estuvo al lado del poder en un país donde esa proximidad rara vez deja de ser una mina. Hay poco Alí Babá aquí; y muchos múltiples de cuarenta ladrones, aunque se les suele llamar empresarios, políticos, sindicalistas, magnates, banqueros, doctores, generales por lo general de tres o cuatro eclipses, por magia magistrados y por suministros de cualquier cosa ministros de gabinete. En cuanto a batistiano, lo fue al revés:

antibatistiano furibundo desde antes del 10 de marzo del 52, fecha en que ese sargento en su sombra y general en nuestro asco dio su cuartelazo, hasta el 24 de julio del 2005, cuando murió en la ciudad de Miami, lejos de sus tres patrias: Cuba, Costa Rica y Venezuela.

Ese día yo lo llamé por la mañana. No lo había hecho en un mes. O más. Ya estaba muy enfermo y quería darle un último y lamentablemente remoto abrazo. Lo que sucedió se lo conté a Fausto Masó en un email del mismo 24 a las 09:45 p.m., pues tampoco él respondió al teléfono o al celular: “Decidí llamar a Orlando García, pensando que quizá sería la última vez que hablaría con él. Una despedida, pues. Me contestó una mujer. Sabía —por la voz— que no era Lucy, su mujer. Pedí hablar con Orlando. Me preguntó de parte de quién. Le dije. Y entonces: Ay, señor, él murió hoy a las tres de la madrugada. ¿Qué tal?”.

Fausto fue el primer periodista en enterarse. En su columna de *El Nacional* del sábado 30 de julio recordó a Orlando. Varias veces le había sugerido que lo fuera a conocer en uno de sus viajes a La Florida. Tenía quizá la misma renuencia que en algún momento yo también tuve. El personaje te va a resultar muy interesante y la persona muy agradable, insistía. Lo mismo le había dicho a Orlando. Era sincero mi deseo de que se conocieran. El periodismo de Fausto —hijo del historiador Calixto Masó— es una vocación pero también una genética. Impensable que le faltase curiosidad por

un protagonista excepcional de la vida cubana y venezolana de las últimas décadas. Por otra parte, para la soledad de Orlando, que aunada al acelerado deterioro de la salud comprometía su ánimo, la visita de Fausto sería un alivio. Y lo fue.

Unas botellas de whisky, contesté a su qué le llevo; pero evita vaciarlas con él, añadí jocosero. Ve solo, no creo que Orlando rime bien con la calle 8. Eso un par de días antes del encuentro. El día del encuentro una llamada de Miami: tenías razón, gracias. Era el periodista. Luego otra: tenías razón, gracias. Era el inactivo hombre de acción. La nota publicada en *El Nacional* concluía que al final de la vida de Orlando su mejor amigo era un poeta. Sólo puedo ratificar como veraces las últimas dos palabras; y la extrañeza, subrayada de forma tácita, de que ciertamente hubo amistad entre un poeta y un hombre de acción. Un puente difícil, casi imposible, entre las armas y las letras.

Pocos meses después se publicó algo sobre Orlando García en la revista *Exceso*. Lo firmaba una joven periodista venezolana, Andrea Daza. En su investigación había hablado con varias personas, entre ellas Fausto, con quien volvió a conversar poco después de la aparición de su artículo, en octubre del 2005: quiero conocer a ese poeta amigo de Orlando, pues volveré a escribir sobre él. Así fue como Fausto le dio mi nombre y Mefisto la recibió con muchísimo gusto en casa. Tanto a Andrea como a Román Rojas Cabot, admirador del cubano, les he repetido lo contado al hijo de

Calixto Masó. Me complace que los tres escribirán sobre ese amigo que merece mejor prensa, como se dice en el argot. A los tres les aseguré que no tenían que mencionarme. Lo cual ha dado lugar a equívocos. ¿Por qué te borras?, me ha preguntado recientemente un visitante que ya ronda lo habitual pero no conoce a esos tres periodistas ni por lo visto a mí. ¿Será que te avergüenzas de esa amistad? No así. Con estas páginas respondo a tan peregrina ocurrencia.

3

Durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez conocí a Erundino Vilela, quien fuera inspector y luego, ya en época de Prío, jefe de la Policía Secreta en Cuba. A raíz del triunfo de la revolución, Vilela participó en la reorganización de los cuerpos de inteligencia, cargo que desempeñó por poco tiempo. Al invitarlo por segunda vez a Venezuela, se le reconocía con agradecimiento la protección brindada a los numerosos venezolanos exilados en Cuba hasta el 10 de marzo del 52. A excepción de Rómulo Betancourt, estaban alojados en el Hotel San Luis de La Habana. Allí conspiraban, trababan amistad con posibles aliados cubanos, dominicanos, panameños o nicaragüenses; y por supuesto mitigaban la nostalgia

patria con aventuras y amoríos en diversos grados de masonería. Algunos, como Raúl Nass o Gonzalo Barrios, con hombres de vacilante tinglado. Pero la mayoría con hembras de la capital o la provincia, quizá por aquello de que las de monte y culebra, para utilizar el modismo caraqueño, son tan cubanas y no son tan caras. Había una, esa sí, que costaba caro. Pero no al exilio venezolano sino al gobierno cubano, priápico, socarrón y auténtico: una encantadora empleada de El Encanto, de doble oficio y triple orificio, atendía semanalmente a un adeco demasiado feo para conquistas isleñas: Luis Beltrán Prieto Figueroa.

Una rima de ese apellido es clave en la excepción habitacional de Betancourt. Indudable jerarca de sus compatriotas, vivía en un apartamento donde podía dirigir la conspiración antiperezjimenista con menor riesgo de espionaje y atentados, y con mayor discreción para sus encuentros con la mujer del futuro canciller de la revolución. Tan discreta como escandalosamente coronado por el demócrata, a pesar de aquello de R con R cigarro, R con R carril, rápido corren los carros por el ferrocarril, RR tuvo que esperar años para su parcial y oblicuo guión de Menelao. ¿O acaso alguien puede creer que las dolosas y dolorosas relaciones interiores de la señora habían sido olvidadas por el canciller cuando desde Cuba le montaron guerrillas que no cuernos a RB, a quien él en secreto odiaba tanto como confesadamente lo odiaba Chapitas?

ÍNDICE

EL ACTO GRATUITO / 9

APÉNDICE.

UNA CONVERSACIÓN CON OCTAVIO ARMAND / 69